JULIO IRAZUSTA. TREINTA AÑOS DE NACIONALISMO ARGENTINO

ELENA T. PIÑEIRO
Universidad Católica Argentina
✉ elena_p@uca.edu.ar

de Noriko Mutsuki. Editorial Biblos,
2004, Buenos Aires, 238 pp.

El nacionalismo argentino de la década de 1930 parece ser un objeto de investigación inagotable. Fernando Devoto en el prólogo a esta obra, afirma que los estudios sobre el tema “son mucho más numerosos que sobre cualquier tradición política argentina” (p.11). No es esta la oportunidad de discutir los motivos de este interés sostenido por el fenómeno nacionalista sino de analizar el aporte que una investigadora japonesa ha tratado de realizar a un tema tan explorado y no obstante tan convocante para los historiadores, filósofos y politólogos.

Lo novedoso de este trabajo consiste principalmente en dos aspectos. El primero refiere al contexto y a la tradición historiográfica oriental de la que proviene la autora. Esta condición supone a su vez una ventaja y una dificultad: la ventaja de una mirada más distante y menos comprometida en debates ideológicos locales, y la dificultad de comprender los múltiples aspectos del contexto histórico de la época y de las prácticas discursivas y políticas que se desarrollaban en nuestro país. El segundo aspecto es la intención de la autora de indagar “en torno de las peculiaridades ideológicas del nacionalismo argentino” centrándose “en un intelectual en particular” y entender “las continuidades y cambios del nacionalismo” a partir de la biografía de Julio Irazusta (p. 25). En este sentido el lector puede preguntarse si es posible explicar las peculiaridades ideológicas del nacionalismo y entender las continuidades y rupturas que se producen en un movimiento tan heterogéneo a partir de una biografía y también el por qué de la elección de este intelectual y no de otros.

En la “Introducción”, tras revisar los estudios y debates que se desarrollaron en torno del tema incluyendo las perspectivas más recientes, Mutsuki trata de contestar esas preguntas. Ha elegido esta perspectiva

porque considera arriesgado estudiar el pensamiento nacionalista como producto de un conjunto de actores individuales y le resulta difícil encontrar coherencia ideológica dentro de los distintos grupos cuya efímera existencia se debe precisamente a la ausencia de definiciones ideológicas precisas y estables. En realidad estos argumentos no están fundamentados. En primer lugar si resulta arriesgado estudiar el pensamiento nacionalista como producto de un conjunto de actores individuales, parece más arriesgado descubrir las peculiaridades ideológicas del nacionalismo a partir del pensamiento de un solo actor ya que el movimiento era sumamente heterogéneo. En segundo lugar no se explica la relación entre la coherencia ideológica y la debilidad de los agrupamientos ya que, si bien los grupos nacionalistas no fueron capaces de organizarse de manera estable, sus posiciones ideológicas estaban definidas y eran coherentes, al menos en un principio con el repudio hacia el liberalismo democrático.

De todos modos la autora prefiere centrar su análisis en la acción y los escritos de Julio Irazusta, a quien considera un protagonista relevante “dentro del conjunto de esfuerzos destinados a promover la construcción de una ideología y un movimiento nacionalista en Argentina” (p. 26). Ateniéndose a sus hipótesis se propone examinar primero el punto de vista de Julio Irazusta a través de su trayectoria que incluye el anti-yrigoyenismo de los años '20; el antiimperialismo y el revisionismo histórico de los '30; el neutralismo y el anti-peronismo de los 40 y 50, para trasladarse posteriormente a la totalidad del movimiento a través de las relaciones de Irazusta con otros nacionalistas.

Así organizado, los cinco primeros capítulos del libro tratan la trayectoria de las ideas de Irazusta conjuntamente con la evolución de la historia política del país. Tras un primer capítulo biográfico la autora analiza las propuestas de *La Nueva República* guiada por una hipótesis que pretende demostrar que las definiciones de democracia y liberalismo habían cobrado un sentido específico por obra de una operación interpretativa. En realidad los denominados *neorrepublicanos* hacían referencia al modelo clásico de república y utilizaban el concepto de democracia orgánica oponiéndolos al modelo de la república y de la democracia liberal. No hay aportes novedosos en estos aspectos y en cambio se hacen algunas afirmaciones un tanto desafortunadas. Por ejemplo al comenzar el tercer capítulo que lleva por título “El historiador antiimperialista”,

tras afirmar que las investigaciones sobre el nacionalismo argentino han considerado la obra *La Argentina y el imperialismo británico*, de los hermanos Irazusta, como un hito en el desarrollo del revisionismo histórico cuanto del antiimperialismo, sostiene que sin embargo éste último no ha suscitado el mismo interés que el revisionismo (p.85).

Esta afirmación es un tanto arriesgada por cuanto esa obra, aún cuando en su tercera parte (“La historia de la oligarquía argentina”) era claramente revisionista, se centraba en la denuncia del Pacto Roca-Runciman, instrumento del imperialismo británico y factor en opinión de sus autores de la dependencia económica e inferioridad política del país y fue precisamente la denuncia de esa dependencia lo que tuvo y tiene todavía mayor eco entre quienes reconocían desde la derecha o desde la izquierda la situación de dependencia. Por eso esa obra los acercó a quienes desde otra postura política sostenían, como Manuel Ugarte, Manuel Ortiz Pereyra o posteriormente los integrantes de FORJA una posición similar. Tal vez la confusión de la autora radique en la identificación del antiimperialismo de los Irazusta con su antiliberalismo político, identificación que la lleva a distinguir entre un antiimperialismo de derecha y uno de izquierda y de suscitar preguntas que son producto de una escasa reflexión sobre las características que el antiimperialismo tenía para todos los autores mencionados en esa determinada coyuntura.

Mutsuki menciona el antiimperialismo que se oponía a la intervención norteamericana en Centroamérica. Ese antiimperialismo fue el que produjo la Doctrina Drago formulada en tiempos del orden conservador y mantenida por todos los gobiernos incluyendo los del *yrigoyenismo*. En cambio el antiimperialismo tanto de Manuel Ugarte, como de Ortiz Pereyra, Scalabrini Ortiz y los hermanos Irazusta se refería a las relaciones de dependencia económica con Gran Bretaña y era coherente en el pensamiento nacionalista ser antiliberal y al mismo tiempo antiimperialista porque esas relaciones habían nacido como fruto del sistema económico liberal.

No hay que olvidar que la postura antiimperialista de los hermanos Irazusta se definió luego de la firma del Tratado Roca-Runciman cuando el orden, la autoridad y la jerarquía volvían a imperar en la política nacional durante la presidencia de Justo que había ganado las elecciones de noviembre de 1932 merced a la abstención del radicalismo y al fraude. Preguntarse cómo podían ser antiimperialistas quienes sostenían la

necesidad de una república donde imperara el orden, la autoridad y la jerarquía es desconocer los distintos momentos por los que transitó el pensamiento de los Irazusta. Y desconocer, así mismo, los conflictos que se daban entre los distintos sectores que formaban parte de la industria y el comercio de carnes pues de eso trataba fundamentalmente el antiimperialismo irazustiano. Los enfrentamientos entre criadores e inversionadores y las luchas contra el *trust* frigorífico formaban parte del escenario en el que se movían ambos hermanos desde su posición de criadores entrerrianos. Respecto del revisionismo histórico y de la posición de Julio Irazusta la propuesta no aporta novedad alguna y no agrega nada a lo mucho que se ha escrito sobre el tema.

Tal vez los capítulos cuarto y quinto sean los más interesantes del libro por cuanto los temas de la neutralidad, el panamericanismo y la Guerra Fría no han sido tan transitados en los trabajos existentes. En relación al neutralismo de Argentina durante la Segunda Guerra Mundial, la autora vuelve a establecer una distinción entre neutralismo pro-fascista y neutralismo anti-imperialista en función de dos tipos de explicaciones: aquellas que fundan la neutralidad en la simpatía con las potencias del Eje (y que han sido reveladas en el Libro Azul publicado por el Departamento de Estado norteamericano), y las que sostienen que el neutralismo era una respuesta a la intervención norteamericana en los asuntos internos de la Argentina. Alude a la publicación *Reconquista* que representaba al grupo FORJA y en la que participaban tanto los hermanos Irazusta como Ernesto Palacio, otro de los miembros de la por entonces desaparecida *La Nueva República*. En este caso el antiimperialismo seguía teniendo el mismo cariz que en la década anterior y la simpatía hacia las potencias del Eje tanto por parte de los miembros del grupo FORJA como de los hermanos Irazusta respondía no a una simpatía por el fascismo sino a la idea de que la neutralidad constituía un rechazo al imperialismo tanto británico como norteamericano. La autora pasa revista también a interpretaciones de la neutralidad que califica de anti-norteamericana y allí sitúa la explicación de la política exterior argentina como respuesta de la elite local a los intereses británicos. Ninguna de estas interpretaciones y explicaciones suman nuevas perspectivas al tema.

Tampoco es novedoso el apartado que refiere a la fundación del Partido Libertador cuya campaña en las elecciones a gobernador en la provincia de Entre Ríos ha sido analizada en trabajos anteriores que la auto-

ra cita. En cuanto al panamericanismo no queda muy claro si el tema se vincula a la exigencia de Estados Unidos en relación al abandono de la neutralidad por parte de los países de América Latina luego de ingresar en la contienda tras el ataque japonés a Pearl Harbor y en la oposición argentina a abandonarla o en el interés que Irazusta manifestó luego de la revolución de 1943 en evitar el aislamiento de Argentina del resto de los países latinoamericanos.

Respecto del peronismo, ambos hermanos adoptaron una actitud crítica ante la revolución social populista y el intervencionismo estatal en la economía. La crítica al populismo era consistente con su posición elitista propia del nacionalismo tanto de los sectores católicos como de los “neorrepublicanos” en las décadas anteriores. En cuanto al intervencionismo estatal en la economía evocaba al modelo comunista. En un mundo polarizado entre liberalismo y comunismo los Irazusta coincidieron con otros compañeros de ruta en un anti-peronismo que encontró su medio de expresión en el liberalismo que antes habían despreciado.

En cuanto al último capítulo, que trata de organizar generacionalmente a los nacionalistas, no es más que una síntesis no muy lograda de las investigaciones anteriores. En las conclusiones su propone reconsiderar “brevemente el nacionalismo argentino de la década de 1930, sobre todo el de Julio Irazusta, a la luz de lo desarrollado en este trabajo” (p.219). Aquí debemos objetar que en realidad la autora se ha extendido bastante más allá de la década del '30. Por otra parte la definición de nación que considera adecuada para aplicar a las ideas de los nacionalistas, es equívoca. Los nacionalistas consideraban a la nación no como una construcción sino como una realidad orgánica a cuya sobrevivencia debían subordinarse los valores de libertad y democracia. Por supuesto que no pretendían caracterizar una “etnicidad argentina” porque esa caracterización les hubiera ocasionado no pocos problemas en un país cuya población era fruto de distintos aportes y mestizajes, sino establecer una herencia hispánica con todo lo que ello significa. La nación de los “nacionalistas” era básicamente una nación “cultural” que debía adoptar un sistema político antiliberal. Si la nación “cultural” era producto del romanticismo, la nación “política” era producto de la Revolución Francesa que identificaba la nación con el pueblo soberano y con el Estado. El nacionalismo neorrepublicano no estaba de acuerdo con el concepto de nación “liberal” sino con el concepto de “república” entendido en su

forma clásica. De ahí que sea errónea la afirmación de que los neorrepublicanos no objetaban el pensamiento liberal sino la mentalidad de los hombres que representaban el régimen liberal.

En su primera etapa el nacionalismo *irazustiano* cuestionó la Constitución y apoyó los intentos del general José E. Uriburu de implementar un sistema político de tipo corporativo. Posteriormente sus posiciones fueron evolucionando al compás de los cambios que se produjeron en el escenario nacional e internacional. Respecto de la interpretación del revisionismo como un intento de afirmar el orgullo de ser argentino, revela la ignorancia de la investigadora respecto de las corrientes historiográficas que han dominado la historiografía argentina hasta nuestros días. Tampoco nos parece adecuado adjudicarle al antiimperialismo una dimensión religiosa que opone al imperialismo anglosajón-protestante una nación hispano-católica. Los motivos del anti-imperialismo *irazustiano* estaban estrictamente vinculados a la dependencia económica.

Finalmente nos parece poco serio explicar el componente autoritario del nacionalismo “irazustiano” como producto de un complejo de inferioridad defensivo originado en el hecho de que la Argentina ocupaba un lugar humilde en el mundo de la Guerra Fría dominado por las dos grandes potencias vencedoras, sentimiento que desde su óptica no sólo compartieron la mayoría de los intelectuales nacionalistas de la década del '30 sino que fue “uno de los motivos centrales que impulsaron el movimiento nacionalista”, o sostener que el conjunto de la nación estaba embargado por un sentimiento de depresión (p.220-221) Ambas expresiones nos parecen poco afortunadas y carentes de rigor académico, a menos que pudieran comprobarse empíricamente. En definitiva, un libro que no suma ninguna nueva perspectiva a las ya existentes y que tiene una serie de explicaciones equívocas que poco aportan no sólo al conocimiento del nacionalismo sino a la figura de Julio Irazusta.